

dad de los platos y bebidas que se habian servido á la mesa, ninguno mostró tenerme envidia, ni deseo de ser convidado, pareciéndoles que ni en los manjares, ni en los licores habia cosa alguna que tentase demasiado el apetito. Antes bien, dixo Don Bíbulo: á lo que yo veo, los Reyes de estos parajes viven con mucha economía; y vale mas una comida de un Mercader de Lisboa, que diez convites Reales de Madagascar. Y así, amigo (añadió, volviéndose hácia mí) enséñeme usted quanto antes sea posible, el arte militar para librar-me presto de la sujecion de comer y beber tan sóbriamente. Nuestra mesa ha estado hoy mucho mas parca que la de ayer, y si esto va adelante, temo que hemos de llegar á mantenernos del ay-re, como las cigarras y los camaleones.

CAPITULO VII.

Lo que observaron el joven Siciliano y sus Compañeros en la Corte de Tarapasar en los Artesanos y Traficantes; y la conversacion que tuvieron con su Intérprete acerca del comercio y sitio de aquel País.

Mientras Don Bíbulo nos divertia á todos hablando de esta manera, llegó Dagal y nos pre-
gun-

guntó, si gustariamos de salir á pasear un poco por la Ciudad. Todos se mostraron deseosísimos de hacerlo, y sin mas dilacion nos encaminamos á la puerta de la Fortaleza, precedidos de nuestros respectivos criados, los quales iban de dos en dos delante de nosotros. Quando llegamos al fin del tercer puente, se paró nuestro Intérprete, y volviéndose hácia nosotros, nos dixo, esta Ciudad Señores, está repartida en tres cuarteles, los quales se puede decir que son otras tantas Ciudades: en el primero están los Nobles, á cuya clase pertenecen todos aquellos que viven de sus propias rentas: en el segundo están los Profesores de las ciencias y artes liberales, los quales son mantenidos á costa de la Real Hacienda: en el tercero están los Traficantes, y todos los que trabajan en las artes mecánicas. Ahora diganme ustedes por donde quieren comenzar. Yo hubiera gustado que comenzase nuestra visita por el cuartel que habia sido nombrado en segundo lugar; pero mis compañeros, que como ya he dicho, eran todos Mercaderes, deseosos de ver cómo giraba allí el Comercio, concordemente dixeron, que ante todas cosas querian ir al cuartel de los Traficantes. Revolvimos pues sobre la mano izquierda, y habiendo caminado como doscientos pasos á lo largo del foso, y junto á las murallas de la Ciudad, entramos por una puerta, en cuyo frontispicio se veían gravadas en piedra las insignias y símbolos de los géneros y de las artes

tes que se exercian en varias calles llenas todas de diferentes Tiendas. Tambien hizo aquí alto nuestro Intérprete, diciendonos: en este quarter hay tantas calles, como géneros se venden, y como oficios se exercen. Por exemplo: en una calle todos son Sastres, en otra todos Zapateros, en ésta todos Herreros, en aquella Carpinteros, &c. Con efecto, la calle en que actualmente nos hallabamos toda era de Sastres. Apenas observamos con alguna atencion tres ó quatro Tiendas, quando reconocimos que todas eran habitadas alternativamente de hombres y mugeres: ¿qué quiere decir (pregunté yo á Dagal que estaba junto á mí) esta alternativa de Tiendas masculinas y femeninas? Quiere decir, me respondió, que en Madagascar las mugeres sirven á las mugeres, y los hombres á los hombres. Explicárame: aquí sería gran delito que una muger se sirviese de un hombre, para que la hiciese un vestido, ó que á un hombre se le hiciese trabajar para una muger. ¿Pero qué razon puede haber para una ley tan extravagante? preguntó aquel mozalvete Portugués, de quien poco ha hice mencion, el qual estaba atentísimo á todo lo que se decia. Tambien daré satisfaccion á esta pregunta, respondió Dagal: la experiencia ha enseñado los grandes inconvenientes que nacen del promiscuo servicio de los hombres á las mugeres, y de las mugeres á los hombres, así en punto de vestidos, como en materia de calzados, por los quales emanó la mencionada

prudentísima providencia. En el tomar las medidas para un vestido, no menos que en ajustarse, ya sea un hombre á una muger, ó una muger á un hombre, ¿quántas libertades se pueden tomar, que sirvan de incentivo á la flaqueza, y de ruina al honor de una muger, de una hija ó de una hermana? Para precaver semejantes peligros, nuestros mayores, que tenian bien conocido hasta dónde llegaba la humana fragilidad, determinaron acertadamente que cada sexo se sirviese á sí mismo en todos aquellos oficios, que por su misma naturaleza se reconocen mas ocasionados al desorden; en virtud de lo qual se intimó la misma ley á los Zapateros, imponiendo penas correspondientes al Oficial que calzase á una muger, y á la muger que se dexase calzar de un Oficial. Pase, replicó el mozuelo, que no se dexese esa libertad á las mugeres; ¿pero por qué se ha de prohibir á los hombres, que se valgan de ellas, para que les remienden los vestidos y la ropa blanca, como se usa en otras partes, y mas quando los hombres no son tan flacos como las mugeres? Así es, replicó el Intérprete: no son tan flacos, pero son mas maliciosos y mas atrevidos. Fuera de eso sería una ley iniqua, si se permitiese á los hombres lo mismo que se prohibia á las mugeres en una materia, en que no son ellos menos capaces de pecar por osadía, que lo son ellas de caer por fragilidad. ¿Y qué bulla no meteria entonces el ganado femenino! Bien está, interrumpí yo; ¿mas

¿mas por qué no se estableció la misma ley en todas las demás artes y oficios mecánicos? Y si no dígame Vmd.: ¿no puede llegar el caso, en que una muger tenga tanta necesidad de un Herrero, como de un Sastre y de un Zapatero? ¿Pues qué en esta Isla nunca pierde una muger la llave de su ropa, ni se vé precisada á encargar que la hagan otra? ¿Nunca rompe un cachibache de su tocador, ó alguna naveta de su escritorio privado, de manera que tenga necesidad de mandarsela ajustar y componer? No señor, respondió el Intérprete: en esta Isla las mugeres no tienen llaves, ni tocadores, ni escritorios reservados, ni cosa alguna que se pueda romper, ni maltratar; y por consiguiente nada tienen que sea menester repararse, ni ajustarse. Todo quanto hay en casa de este género, está siempre en poder del marido, ó del Padre de familias, sin que á ellas se las permita tener nunca escondida ó cerrada cosa alguna. Pero quando alguna de ellas queda viuda, le volví yo á replicar, y dueña de todo lo que hay en casa, ¿qué se hace entonces con ella? En esta Isla, respondió Dagal, no se permiten viudas, sino aquellas que pasan de cincuenta años. Todas las demás deben pasar á segundas nupcias con un hombre correspondiente á su edad, dentro del término de ocho dias despues de la muerte del predecesor. Si pasada la edad que se prescribe para los matrimonios, se dexan solicitar ilegítimamente, no se hace caso de ellas. Satis-

fechas bien ó mal nuestras curiosas dudas, con estas tales quales respuestas, proseguimos nuestro paseo por varias calles, en las quales observamos con grandísimo gusto nuestro, que se exercian todas las artes necesarias para vivir una vida civil y acomodada. Así que, dexando á la mano derecha esta calle de los Artesanos, pasamos á la de la mano izquierda, que era la calle de los Comerciantes ó Mercaderes. Habia en ella muchos Traficantes en telas, que todas eran de algodón; pero como nosotros los queríamos ver de varias suertes, quedamos como encantados al ver el texido, la viveza de los colores, lo sutil, lo fino, y lo consistente de las telas. De aqui nos transferimos á la calle donde estaban, por decirlo así, los Almacenes de este género, pero en bruto, y antes de comenzar á trabajarse, y en otra calle estaban los Filatorios. Si las mugeres Griegas, que entre nosotros están tenidas por las mas primorosas hilanderas de la Europa, trabajáran en los tales Filatorios, ciertamente que no hilarian mejor que aquellas Isleñas; y si la mentida Ariadne hubiera existido en el mundo, y viera aquellos hilados, se admiraria de ver realizados el fantástico primor de su imaginaria tela. En otro sitio descubrimos á los que vendian colores, y algunas otras drogas, que eran producciones de la misma Isla. Finalmente, á otro lado nos hallamos con los Taberneros y varios otros Traficantes en vino. Aqui fue donde no se pudo con-

contener nuestro Don Bíbulo, y entrando en una Taberna, pidió de beber, y lo hizo por medio de unas señas tan bozales y tan estrafalarias, que todos nos despedazabamos de risa. Presentaronle el vino mejor que habia en la Taberna, y quando hubo contentado su sed, sacó de la faltriquera una moneda de oro, y se la dió al Tabernero para que se pagase á su satisfaccion. La agarró aquel hombre con mal modo, estu-
vola mirando un rato con enfado, y despues se la arrojó con rabia á los hocicos del mismo Portugués. Colérico éste iba á vengarse del que le habia ofendido; pero Dagal se puso oportunamente en medio, diciendole con bello modo y mucha cortesía: téngase usted, y oygame: yo escuso su rebato, porque nace de no saber los usos del país. Sepa pues usted, que aquel metal tan estimado de los Européos, y que ellos llaman oro, se mira aqui por la cosa mas vil y mas despreciable del mundo. Ninguno hace caso de él, y se tiene por grandísima injuria el ponerle en mano del hombre mas miserable del Reyno. Nosotros solamente nos servimos de aquellas cosas que se dexan ver sobre la superficie de la tierra; y no vamos á violentar la naturaleza para penetrar sus secretos, ni mucho menos para descubrir lo que cuidadosamente encierra dentro de sus entrañas. Pero á pesar de todas estas razones, tales quales ellas fuesen, nos costó mucho trabajo sosegar al buen Don Bíbulo: y tanto, que nos vimos precisados á sacar-
le

le por fuerza de la Taberna, y llevarle á la calle donde se vendia la carne quadrupeda y de volatería. Asi de la primera, como de la segunda especie, descubrimos animales que jamás habiamos visto, ni aun teniamos la menor noticia de ellos, cuyos nombres me parece ocioso expresarlos, puesto que nada conducen para hacer concepto de su calidad. Concluido en fin todo el giro de Artesanos y Traficantes, viendo que ya era tarde, nos restituimos al Palacio con ánimo de volver el dia siguiente á ver el quartel de los Profesores de las Ciencias y Artes liberales.

El tiempo que faltaba hasta la hora de la cena, le empleé en dar algunas lecciones Militares á mis compañeros. Consideren ustedes qué buen Maestro haría yo. Ciertamente que si me hubiera visto y oído en aquel exercicio el Soldado mas visoño, tendria bien que reir: ellos no obstante aprendian con facilidad todo lo que yo les enseñaba, tanto, que no desconfié de que en poco tiempo estarian tan francos, y serian tan hábiles como yo mismo en el exercicio Militar. La cena, poco mas ó menos fue como la antecedente, y nuestro Don Bíbulo durmió toda la noche mas dulce y mas profundamente que las pasadas, gracias al soporífero cordial que habia bebido en la Taberna, sin haberle costado mas que el disgusto de haber recibido en sus mismos hocicos la restitution de la moneda que habia dado por él. La mañana
si-

siguiente estabamos nosotros discurrendo sobre aquel gracioso lance de la Taberna, y á mí me vino gran gana de saber á fondo como se hacia el Comercio en aquel país. Entró á este tiempo Dagal, y se lo pregunté. Me respondió, que en Madagascar todo el comercio se hacia por via de cambio. Por exemplo: uno que tiene necesidad de paño, de tela, ó de algodón en rama, ó por trabajar, lleva al Mercader una porcion correspondiente de vino, carnes, granos, drogas, colores ó manufacturas, segun han quedado de acuerdo, y el Mercader escoge lo que le parece mejor. Los Artesanos, Oficiales y trabajadores, comercian con las manufacturas, ó con el trabajo personal, dando unas veces obra por obra, materia por forma, ó forma por materia, sin que en este modo de traficar se dé lugar á contienda, fraude, ni desorden, porque todo está arreglado con la mayor precision por los Aranceles públicos, de manera, que consultandolos á estos, se evita toda disputa, porque en ellos se encuentra establecido todo lo necesario para ultimar el contrato, tanto en la cantidad, como en la calidad, hasta la mas mínima diferencia. Nosotros (prosiguió el Intérprete) no sabemos qué cosa viene á ser eso que vosotros llamais *dinero ó moneda*, y damos mil gracias al cielo; porque de esa manera estamos libres de todos aquellos males, que suele producir aquel cierto vicio, que se llama *Avaricia* entre vosotros. Los tributos que pagamos al

Real

Real Erario, todos son en especie, contribuyendo cada uno á proporcion con aquel número de reses, ó cantidad de granos, ú otros frutos de la tierra, que sirven despues á la manutencion de la Corte, de los Ministros, de los Literatos y de la Tropa. Aquellos que nada tienen que dar, sino su industria, contribuyen con el trabajo de sus manos á las necesidades y gastos de la Monarquía. De esta manera, con una armonía admirable todos reciben unos de otros aquello que es necesario para vivir. Dicho esto, mudó el Intérprete de discurso, y nos dixo: ser voluntad del Rey, que nosotros nos informasemos de la qualidad de los enemigos, contra los quales era menester combatir en las ocasiones, de la situacion de sus respectivos Países, y de aquellos sitios por donde nos podian atacar y acometer.

Con este fin nos puso delante una carta topográfica de la Isla de Madagascar, que parecia formada en la misma Academia Real de París. En ella nos hizo ver, que el Reyno de su Magestad estaba situado en la parte mas septentrional de la Isla, y que lo restante estaba poblado de Naciones silvestres y bárbaras, que tostadas con los ardientes rayos del sol, tenían un color mas obscuro que las gentes de las demás Provincias, las quales aunque inclinaban al bazo y al trigueño, todavia eran bastantemente bien parecidas, y de aspecto menos ingrato. Nos señaló los confines del Reyno, y nos hizo observar, que solamente le podian atacar y embestir los enemigos por

TOMO VI. L al

algunos desfiladeros ó gargantas muy estrechas, abiertas por entre aquellas altísimas montañas, informándonos al mismo tiempo que á la sazón estaban en grandes temores, de que al cabo sería menester echar mano á la espada, para tomar satisfaccion de algunos insultos que se habian hecho á la corona en las fronteras. Añadió, que los tales enemigos á la verdad abundaban de gente; pero que por lo comun eran poltrones, cobardes, y sin experiencia, faltos de aquel órden y de aquella disciplina que tenian los vasallos del Rey, gracias á lo que les habian enseñado los Generales Européos, que por espacio de un siglo entero habian mandado las armas, siguiéndose uno al otro. Acabado este discurso, durante el qual nos mostró tambien en el mapa las Ciudades principales, Fortalezas, y sitios mas importantes de todo el Reyno, cesó de hablar Dagal, y yo me aproveché de esta ocasion para preguntarle, ¿cómo se habian podido librar de las irrupciones y atentados de los Européos, los qualés habian conquistado tantas Naciones mucho mas distantes que la suya, no menos en Africa, que en Asia y América, y aun sin salir de la misma Isla, se habian apoderado de muchos Puertos de ella, y los conservaban todavia en su poder? Yo le diré á usted (me respondió el Intérprete) todo lo que se puede decir en esa materia. Nuestras historias hablan difusamente de aquellos tiempos en que vuestras gentes aportaron á las costas de esta Isla, y refieren muchísimas

mas cosas que sucedieron entre nosotros por aquel tiempo, las quales nos obligaron á abandonar toda la costa, de que está la Isla circundada, y retirarnos al centro de los montes, que elevándose á cierta distancia del mar, nos cerraban al rededor, formando una como impenetrable muralla. Ni nosotros mismos podemos adivinar por qué nos dexaron en paz los Européos, sino que fuese por dos razones. La una, porque quizá habiéndonos visto medio desnudos, ó muy pobremente vestidos, dieron por supuesto que el país era estéril, miserable y privado de toda riqueza, particularmente de oro y plata, que segun lo que ahora sabemos, es lo único que muchos vienen á buscar. Otra, porque ninguno de los caudalosos rios, que tienen su nacimiento en estos montes, corre hasta descargarse en el mar, pues mucho antes de poder llegar al mar, se dividen en pequeños arroyuelos, que parecen agua formada de las lluvias, y precipitada de las peñas, ó bien que rebosa de las fuentes abiertas en los mismos peñascos, por lo qual es comun opinion entre los Européos (como lo hemos oido á algunos de vosotros) que este es un País montuoso, silvestre é inaccesible, sin haber creido jamás que dentro de él se descubriesen tantas bellas dilatadísimas campiñas, como vosotros mismos habeis visto, y podeis observar mejor en esta carta, donde vereis caudalosos rios muy propios para regarlas y fecundarlas, los quales quando llegan á las faldas de las montañas que nos rodean, encontrán-

dose con las presas de gran cantidad de molinos, se rompen separándose en varios riachuelos, parte de los quales se abren camino para penetrarse en las entrañas de los mismos montes, y desembocan despues en el mar en figura de arroyuelos miserables; y parte van á perderse y consumirse dentro de la misma tierra. Satisfecha de esta manera nuestra curiosidad con tan bellas y peregrinas noticias, queria yo que nos instruyese en el origen de aquella Monarquía, y principios de aquel Reyno. Pero él me atajó, diciendo, que esto era cosa larga, y que yo me podria por mí mismo instruir de todo, despues que aprendiese la lengua del País, y leyese la historia universal de la Isla de Madagascar. Por lo menos (le repliqué yo) quisiera saber, ¿por qué razon, siendo vosotros los Isleños tan escrupulosos en no violentar la naturaleza, segun decis, no hicisteis ningun escrúpulo en romper las entrañas de los montes para sacar el hierro, y fabricar armas, con tantos otros varios utensilios que son necesarios para la comodidad de la vida? Antiguamente, me respondió, nosotros nada de eso sabiamos hacer, hasta que un Europeo nos lo enseñó, haciéndonos tocar con la mano los grandes beneficios que podiamos recibir de este metal, particularmente para rebatir á nuestros enemigos, que en aquel tiempo eran muy superiores á nosotros. Con eso depusimos nuestros escrúpulos, habiendo aprendido á domesticarle, ablandarle, y labrarle con el fuego, y desde entónces he-

mos

mos hecho gran uso de él, pero bien determinados á cerrar y cegar todas las minas, luego que cesase la necesidad de desangrarlas. Efectivamente ahora mismo está sucediendo este caso; porque habiendo trabajado una prodigiosa cantidad de hierro, están las minas tan olvidadas, que nadie se acuerda de ellas. El hombre que nos enseñó á estimarlas fue nuestro primer General, y fue tambien el que introduxo en la Isla el arte ú oficio de herrero, en que él mismo era un gran maestro en su País, como él propio nos lo contó. Segun eso, le repliqué, ese vuestro primer Capitan era un hombre de muy baxo nacimiento, porque entre nosotros solamente los plebeyos se dedican al oficio de herreros. Eso nada importa, repuso Dagal, aunque fuese de humilde y baxo nacimiento, se distinguia mucho por su grande y noble espíritu, y nosotros no reconocemos otra nobleza que la de las bellas, grandes y virtuosas acciones. Ni en nosotros se reputan por nobles aquellos que nacieron de padres y abuelos que lo fueron, sino únicamente los que se hicieron tales á sí mismos, ó por la gloriosa carrera de las armas, ó por la no menos gloriosa de las letras. Despues de haber cursado cierto número de años en una ú otra profesion, el Rey los despacha la patente de nobleza, señalándolos al mismo tiempo suficiente renta, para que ellos y su familia se puedan mantener con la decencia correspondiente. Si con el discurso del tiempo algun individuo de ella comete alguna ac-

cion

cion indigna de aquel nombre y esclarecida fortuna, públicamente se le degrada, imprimiéndole cierta marca de villanía, que le dura mientras vive, y debe recurrir para mantenerse á algun oficio vil, ó al cultivo del campo.

CAPITULO VIII.

Descripcion del Quartel de los Literatos, con el discurso que hizo acerca de ellos el Intérprete de Madagascar. La razon por qué no entraron en la clase de tales, ni Gramáticos, ni Retóricos, ni Lógicos, ni Médicos, ni Abogados.

Despues de estos varios discursos llegó la hora de comer, y acabada la comida, fuimos á ver lo que nos faltaba de la Ciudad, que era el Quartel de los Literatos. Estos (dixo Dagal) por la mayor parte son hombres que se mantienen toda la vida en el celibato. Al oír esto el mozuelo Portugués, exclamó con grandísima algazara, sin poderse contener: ahora me alegro de haberme aplicado á Mercader; porque si me hubiera dedicado al estudio de las letras, seria menester, hallándome en este País, que no pen-

pensase en casarme, á lo menos por guardar ceremonia. Reimonos un poco de esta chistosa prontitud, y yo pregunté al Intérprete, ¿por qué razon en aquella Isla era tan raro el matrimonio entre los Literatos? No por otra, me respondió, sino porque el amor, hablando generalmente, no da lugar á otro estudio que al de sí mismo, y un hombre enamorado de una muger, mal puede aplicarse con el sosiego y con la intension que es menester al estudio de las ciencias y artes liberales. ¿Quién no sabe que el sexô femenino por lo comun es naturalmente amigo de la diversion, de la bulla, de las vagatelas, del fausto, de la vanidad, de la loquacidad, y aun tal vez en la gente baxa, de la charlataneria? Considere usted si se podrá acomodar á cohabitar con él uno que esté dedicado á exâminar los secretos mas recónditos de la naturaleza, á moderar y arreglar las pasiones del alma, á contemplar el giro de los cielos, y los varios movimientos de los planetas. A mí, dixo entónces uno de mis compañeros, ninguna fuerza me hacen estas razones, antes bien las condeno, y las detesto como infamatorias, y gravemente del bello sexô, sin el qual no podemos vivir, como ni pudieron vivir sin él hasta los mismos Sócrates, Platones y Aristóteles, ni tantos otros grandes Filósofos de la antigua Grecia, cuya fama dura, y eternamente durará entre nosotros. Yo no sé quiénes son esos Sócrates, ni esos Platones, replicó el Isleño: lo que